

CAPÍTULO IV

Vida de los primeros hombres

El género humano ha caído, pero debe elevarse; se ha viciado por su falta, pero debe curarse por la gracia de Dios. Esta no es una curación mecánica del cuerpo, sino un restablecimiento libre y voluntario del alma. Es necesario que la enfermedad la desee y se la comunique el remedio; es necesario, por eso, que sienta toda la profundidad de su mal, el desorden de su voluntad, el oscurecimiento de su inteligencia. El médico dejará seguir su curso a la enfermedad y que arroje todo su veneno. En ciertos períodos solamente, aplicará algún remedio preparatorio para dirigir las crisis, aun las más violentas, a la curación final. Como el género humano no vive un día, sino todos los siglos temporales, su restauración no se completará sino con el trascurso del tiempo. Su médico no le pierde nunca de vista, y este médico es Dios.

Los progresos de esta enfermedad y de esta curación, el arte del médico, que hace servir de medios a los obstáculos mismos, tal es el verdadero objeto de la historia humana. Sin esto, podrá presentar perfectamente algunas particularidades interesantes; pero el todo no hará sentido. La historia comienza propiamente aquí, porque aquí es donde verdaderamente empieza el desenvolvimiento del bien y del mal en el género humano.

Eva concibió y dió a luz a Cain, que significa *adquisición*, y al pie de la letra, en hebreo: *he adquirido, he engendrado, poseo un hombre que es Jehová* (1). Eva califica su primer hijo, no de niño, sino de hombre: es, según ella,

(1) Segunda carta de M. Dach. *Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, t. 2, p. 405.

Jehová, *aquel que es*. Dios había anunciado que el hijo de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente, había hecho entender que este hijo sería un Hombre-Dios. Eva, toda llena aún de sus palabras de misericordia, se creía esta dichosa madre, creía que su hijo era este Dios-Hombre. De aquí esta alegre exclamación: *¡Yo he dado al mundo el hombre Jehová!* Mas el primero será el hombre terrestre; el hombre celeste vendrá después. Se comprenderá que nuestra madre se apercibió bien pronto de su error, porque habiendo dado al mundo un segundo hijo, recibió este el nombre de Abel, que significa vanidad ó luto. No obstante, este segundo, si no era el que es la justicia y la santidad misma, debía ser una figura semejante, tanto en su vida como en su muerte.

Abel fué pastor de ovejas, y Cain labrador: literalmente, en hebreo, *sierviente ó esclavo de la tierra*. Ahora bien: sucedió, después de algún tiempo, que Cain presentó frutos de la tierra en ofrenda a Jehová. Abel presentó igualmente una ofrenda de las primicias de su ganado y de su sustancia. Y Jehová volvió su mirada hacia Abel y su ofrenda, mas no hacia Cain y su oblation.

Como uno de los hermanos ofrece su sacrificio. Su padre común, quizá Dios mismo, les había enseñado la obligación y el modo de ejecutarla. Abel, como notan los intérpretes, ofrece las primicias de su ganado y lo que tenía de más selecto; pero no se ha hablado de primicias en el sacrificio de Cain: se puede deducir que las guardaba para sí mismo, y que no ofrecía a Dios más que lo restante. Esta diferencia exterior tenía su origen interior. Abel estaba animado de una fe más viva; hé aquí



por qué, dice San Pablo, ofrecía un sacrificio más precioso: también Dios dió testimonio público de que le reconocía por justo, agradeciendo sus regalos de una manera visible (1). Se cree comúnmente que fueron consumidos por fuego del cielo, como sucedió en el primer sacrificio de Aaron, primer pontífice de Israel (2). Se puede creer que los dos hijos de Adam presentaron a Dios su oblation, vueltos hacia el Paraíso terrenal, de donde su padre había sido arrojado, y delante del cual estaban colocados los querubines como ante un inaccesible santuario; y quizá del centro de estos querubines flamígeros partió la llama que consumió el sacrificio de Abel, como del *Sancta Sanctorum* partió el que consumió el sacrificio de Aaron, nuevamente consagrado pontífice de Israel.

En vista de la diferencia con que Dios miraba su oblation y la de su hermano, «Cain irritóse en gran manera, y decayó su semblante. Y díjole el Señor: ¿Por qué te has ensañado? ¿y por qué ha decaído tu semblante? ¿No es cierto que si bien hicieras, serás recompensado; y si mal, estará luego a las puertas el pecado? Mas su apetito estará en tu mano, y tú te enseñorearás de él (3).»

Cain vino a tener envidia de su hermano, porque este era justo y sus obras buenas; mientras que las suyas eran malas, así como su corazón (4). Puede ser que viera en esta preferencia que Dios había dado al sacrificio de Abel, un indicio por el cual le escogía para sacerdote ó pontífice universal del género humano. Un Padre de la Iglesia llama a Abel el primer sacerdote ó pontífice de este primer mundo (5). Así, y por las mismas razones, veremos a los judíos tener envidia de Cristo, el justo por excelencia.

Dios, siempre bueno, recuerda a Cain que si su ofrenda no ha sido recibida con el mismo agradecimiento, no debe culpar más que a sí

(1) Heb., 11.
(2) Levit., 9, 24.
(3) Gén., 4, 5-7.
(4) Joan., 3.
(5) S. Efrén, en su *Homilía del sacerdocio*.

mismo: todo está en su mano, el bien y el mal, la recompensa y el castigo.

Cain no aprovechó la amonestación divina. Un día, «dijo a su hermano Abel: Salgamos fuera. Y como estuviesen en el campo, levantóse Cain contra su hermano Abel, y le mató.» Hé aquí cómo el primer homicida, por envidia, da muerte al primer justo. Veremos a otro Cain, el pueblo judío, igualmente envidioso, salir de Jerusalem con su hermano el justo, el santo, el Cristo, ir al campo, y darle muerte en el Calvario.

«Y dijo el Señor a Cain: ¿En dónde está tu hermano Abel? El respondió: No lo sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? Y díjole: ¿Qué has hecho? la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca, y recibió la sangre de tu hermano, de tu mano. Cuando la labrares, no te dará sus frutos; vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra. Y dijo Cain al Señor: Mi iniquidad es muy grande para merecer el perdón. Hé aquí, me echas hoy de la haz de la tierra, y me esconderé de tu presencia, y seré vagamundo y fugitivo en la tierra; por lo que todo el que me hallare, me matará. Y díjole el Señor: No será así; antes bien todo el que matare a Cain, siete veces será castigado. Y puso el Señor a Cain una señal para que no le matase todo el que lo hallase. Y luego que salió Cain de la presencia del Señor, habitó fugitivo en la tierra hacia el lado oriental del Eden (1).»

Dios interroga, no como el que ignora, sino como el juez que quiere convencer a uno de criminal y castigarle. Todo lo había visto, y sin embargo, interroga a Cain como lo había hecho con Adam; escucha su defensa antes de condenarles. Quería, con su ejemplo, enseñar a la justicia humana cómo debía proceder a la vista de un homicida.

¿Qué diferencia entre Adam culpable y su hijo criminal! Adam se sonroja a continuación de su falta, y la confiesa; Cain está de tal manera endurecido en su crimen, que llega hasta a insultar a su juez: también la sentencia es

(1) Gén., 4, 9-16.



muy diferente. Adam no fué maldito, Cain lo será. Una maldición terrible le arroja de la comarca que ha regado con la sangre de su hermano, y le condena á una vida errante y fugitiva. Entonces Cain confiesa indirectamente su crimen, diciendo que es muy grande para que pueda obtener el perdón ó soportar la pena. Mas lo que le preocupa principalmente, es el temor de ser muerto, porque lo merecía. Dios le releva de este temor, y como único dueño de la vida, no permite que nadie se la quite á Cain; quiere por la vida fugitiva y temblorosa de este primer homicida, inspirar el horror del homicidio á todos los hombres. Para aumentar este horror, anuncia que cualquiera que le mate será castigado siete veces más. En cuanto al signo que Dios coloca en Cain, se cree comunemente, en vista de la versión griega, que fué un horrible temblor de todos sus miembros, que espantaba á los espectadores, sobre todo recordando un castigo siete veces más terrible, reservado al que matara á este desdichado.

«Cuando Cain salió de la presencia del Señor, habitó en la tierra de Nod, ó de la huida, según algunos pretenden, hácia el oriente del Eden.»

Se ve, por estas últimas palabras, así como por otras análogas, que el país del Eden era mirado por los primeros hombres como su centro, su cuna, su patria común. En este país estaba el paraíso de Dios, á la entrada del cual se hallaban colocados los Querubines. Adam había sido arrojado ó del jardín del paraíso; pero no se dice que lo fuera del Eden mismo. Es de creer que nuestros primeros padres, desterrados del paraíso terrenal, se fijaron junto al país que le cercaba; es de creer que en sus oraciones y sacrificios dirigían su vista hácia esta especie de santuario, en donde habían vivido familiarmente con su criador, pero donde ellos no veían ya más que el formidable aparato de los Querubines. Quizá desde lo alto de estos Querubines misteriosos, como desde lo alto de su trono, Dios interrogó á Cain; puede ser que cuando se dice que Cain se retiró de la presencia del Señor, quiera significarse que se retiró de la presencia de este trono de su gloria, y que salió también del país del Eden, como á la vez

excomulgado y desterrado, excluido del culto divino y de la sociedad humana.

Como quiera que sea, siempre resulta que entre todos los pueblos de la antigüedad, los grandes culpables, los homicidas, los parricidas, estaban completamente excomulgados y desterrados, excluidos de las ceremonias religiosas y de las relaciones sociales. Temían encontrarse con ellos bajo un mismo techo y en un mismo navío; temían ser envueltos en el mismo castigo por la venganza divina, que les perseguía por todas partes. Filósofos, historiadores, poetas, en todos ellos se encuentran ideas y ejemplos parecidos. Esta creencia la vemos aún en los hombres ménos familiarizados con la filosofía y la ciencia. Así, los paganos de la isla de Malta, viendo á San Pablo después de haberse librado del naufragio mordido por una víbora, dijeron entre ellos: necesariamente este hombre es un homicida, pues que salvado de la mar, la *venganza* no permite que viva (1).

El fondo de esta creencia es la verdad misma: la venganza de Dios persigue al pecador en el tiempo y en la eternidad. El pueblo amado de Dios, el pueblo judío, en el furor de su envidia, ha matado á Cristo su hermano, jefe del pueblo cristiano. Diez y ocho siglos han trascurrido desde este crimen. Después de diez y ocho siglos, Dios y los hombres preguntan á este otro Cain: ¿dónde está tu hermano? ¿dónde está el Cristo que debía nacer de tu sangre, y según los profetas, convertir á Dios á todas las naciones? Y después de diez y ocho siglos, responde con la obstinación del fratricida: no lo sé; ¿soy yo acaso guardian de mi hermano? Y dice más verdad que Cain: no sabe dónde está Cristo, no ve todo lo que el mundo ve; no ve que en vez de guarda fiel, ha sido el pueblo homicida; no se acuerda ya de su propia imprecación: que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. No ve que con esta sangre pesa sobre su cabeza la sangre de todos los justos perseguidos, empezando por la de Abel. Sin embargo, ¿cómo la ha de ver? Cuando en otro tiempo hubo colmado la medida de su ini-

(1) Act., 28.



quidad por sus frecuentes caídas en la idolatría, Dios le castigó con una cautividad de setenta años en Babilonia. Y hé aquí, veintiseis veces setenta años hace que ha sido arrojado de su ciudad y de su país, dispersado por toda la tierra, sin rey, sin sacerdote, sin altar, sin sacrificio, sin forma de pueblo; en todas partes vagamundo y fugitivo, en todas partes despreciado y trémulo. ¿Cuál es, pues, este crimen, más grande que todos sus crímenes? Todo el mundo lo dice: todo el mundo sabe que la sangre que ha vertido hace diez y ocho siglos, grita venganza contra él. Horrorizado de esta luz terrible, no se atreve á dirigir allí sus miradas. Acusado así de un deicidio por la voz del universo, no encontrando en su ley nada que le consuele, cae en una oculta desesperación: del mismo modo que Cain, no pedirá á Dios misericordia; su único temor, como el del primer homicida, es que cualquiera que le encuentre no le mate. Pero Dios, que quiere dar un ejemplo brillante de su justicia y un testimonio irrecusable de su verdad, lo ha previsto (1). Ha colocado sobre él un signo, como en otro tiempo sobre Cain: una obstinación é inexplicable adhesión á una ley que es su condenación; y en el exterior mismo, una fisonomía esquiva, que le distingue de todos los demás pueblos.

También los romanos vendrán y someterán todas las naciones á sus leyes y á sus usos; los bárbaros vendrán y cambiarán todos los usos y todas las leyes; se sucederán los sabios, los políticos, y colocarán todo su empeño para hacer del pueblo judío otro pueblo; pero ni el poder romano, ni la barbarie, ni la civilización, conseguirán nada. El judío permanecerá siempre judío. Se le despreciará, oprimirá, perseguirá y adulará algunas veces; pero nunca se le podrá cambiar ni exterminar. Es necesario que exista para instrucción del universo.

Después de la muerte de Abel, la Escritura nos habla en pocas palabras de la posteridad de Cain; indica siete generaciones, sin marcar épocas ni años. Cain conoció á su mujer, y tuvo un hijo llamado Enoch; más tarde edificó una

(1) Aug., *Contra Faust.*, lib. XII, cap. X.

ciudad, que llamó con el nombre de su hijo. El temor de ser muerto por su homicidio, le hizo quizá construir esta ciudad como lugar de asilo. Su quinto descendiente es llamado Lamech. Este rompió la unidad primitiva del matrimonio, tomando á la vez dos mujeres, Ada y Sella. La primera engendró á Jabel, que fué padre de los que habitan en tiendas y de los pastores; y á Jubál, padre de los que tañen cítara y órgano. La segunda engendró á Tubalcain, hábil para trabajar con el martillo toda clase de obra de hierro y de cobre, y una hija llamada Noema ó la Bella. Tubalcain y su hermana se vuelven á encontrar, según algunos, en Vulcano, herrero célebre en los poetas, y su mujer Vénus, símbolo de la belleza carnal.

Sea como quiera, Lamech dijo un día á sus dos mujeres, Ada y Sella: Oid mi voz, mujeres de Lamech, escuchad mis palabras: Yo he muerto á un hombre por mi herida, y á un mancebo por mi golpe. Pero si Cain será vengado siete veces, Lamech lo será setenta veces siete. Se conviene generalmente en suponer que hay en estas palabras cierta correspondencia poética fácil de descubrir, pero no se sabe á punto fijo lo que quieren decir. Lo que parece cierto es, según el texto original, que Lamech mató á un hombre y un mancebo, no con propósito deliberado, sino por accidente ó en defensa propia. De donde se deduce que, si Cain había dado muerte á su hermano con premeditación, debía, sin embargo, ser vengado siete veces sobre el que le matara contra la defensa de Dios; Lamech, por tanto, debía ser incomparablemente más. Se ve por esto que la historia del primer homicida no estaba olvidada entre sus descendientes, y que producía aún buenos frutos. Así, Cain oculta su crimen, le niega ardientemente delante de Dios, que le interroga; mientras que Lamech, sin ser interrogado por nadie, confiesa el suyo, y llama á la justicia de Dios para que no sea castigado más que él (1).

Mas siempre resulta que el homicidio se perpetúa en la raza de Cain, y que en ella es donde se comete el primer atentado contra la

(1) San Crisóst., *Homil.* 20, in cap. 4. Gén.



santidad y primitiva unidad de la union conyugal. Tambien se puede observar en esto el origen de las castas y de las profesiones hereditarias. Los descendientes de Jabél son pastores nómadas; los de Jubál, músicos, y los de Tubalcain, obreros en minas y metales.

Abel habia muerto, pero debia como renacer en otro mismo, y por esta especie de sustitucion, perpetuar su raza hasta nosotros. «Adam conoció aún á su mujer, y parió un hijo, y llamó su nombre Seth, diciendo: Dios me ha dado otra simiente en lugar de Abel, á quien mató Cain (1).» «Adam habia vivido ciento treinta años, segun el texto hebreo; doscientos treinta, segun la version de los Setenta, cuando engendró á su hijo á imágen y semejanza suya, y le llamó Seth (2).» Se presume que Abel fué muerto el año ciento veintiocho ó ciento veintinueve de su padre. En esta época, Adam tenia ya sin duda más de un hijo y más de una hija; su posteridad era probablemente bastante numerosa; hace suponer esto, el ver que Cain temia ser muerto por el primero que le encontrase. Algunos autores (3) han calculado que á la muerte de Abel, un año antes del nacimiento de Seth, debia haber sobre la tierra más de cuatro mil almas, y hay otros que elevan este número, sin gran fundamento, hasta cien mil. Una particularidad notable es que, segun el nombre que le dan sus padres, Seth es una raza que viene á sustituir á su hermano Abel; una raza, por decirlo así, póstuma del primer justo. Así, el justo por excelencia, despues de haber sido muerto en la cruz, ha venido á renacer en el pueblo cristiano. Seth aparece en todo esto como el representante de Abel y como su vicario. Ahora bien: lo que hay en Abel de más grande, es que por su sacrificio y por su muerte, como sacerdote y como víctima, ha sido la figura de Cristo, sacerdote eterno y víctima inmolada desde el origen del mundo. Se podrá, pues, considerar á Seth como el representante y el vicario de Cristo en la Iglesia primitiva. Hemos

(1) Gén., 4, 25.

(2) Gén., 5, 3.

(3) Entre otros, el inglés Whiston.

dicho que Adam le engendró á imágen y semejanza suya. Estas palabras pueden significar que Adam engendró á su semejanza por el pecado y no semejante á Dios por la justicia original. Sin embargo, como estas palabras no se dicen más que de Seth, es natural pensar que encierran una prerogativa particular, segun todas las apariencias, para ser despues de Adam el jefe y el doctor espiritual del género humano. Tal nos le representan al ménos las tradiciones orientales. Josefo, historiador judío, dice que en su tiempo existian aún dos columnas, sobre las cuales Seth habia grabado el sumario de sus más útiles conocimientos (1). Sea lo que quiera, siempre resulta que este patriarca era generalmente mirado como el doctor universal del mundo primitivo y como fiel depositario de las tradiciones originales.

A la edad de ciento cinco años, segun el texto hebreo y la Vulgata, de doscientos cinco segun los Setenta, Seth engendró un hijo, que llamó Enós. Entonces, dice el texto original, se comenzó á invocar el nombre del Señor; de otra suerte entonces se le comenzó á llamar con el nombre de Jehová. En tiempo de Enós, probablemente por sus exhortaciones, y bajo su direccion, se comenzó á honrar al Eterno por un culto público y en reuniones regulares; sucedió, segun todas las apariencias, hácia el mismo tiempo en que la sociedad de los fieles recibió ó tomó el nombre de hijos de Dios, que veremos luego. En todo caso, Adam y Seth vivian aún, que ciertamente no habian olvidado á Dios ni cesado de invocar su nombre. Enós, habiendo vivido noventa años, engendró á Cainan, que á la edad de setenta años engendró á Malaled. Este vivió sesenta y cinco años, hasta que engendró á Jared, que segun los dos textos, engendró á Henoch á la edad de ciento sesenta y dos años. Este último, habiendo vivido sesenta y cinco años, engendró á Mathusalem.

Y anduvo Henoch con Dios. Esta expresion ha parecido á un docto personaje indicar la dignidad del sacerdocio (2). Este patriarca, vi-

(1) Antiq., lib. I, cap. II.

(2) Michaelis.



ve aún. «Por el mérito de su fe, dice San Pablo, Henoch fué trasportado á fin de que no viera la muerte; no se le encontró más, porque Dios le trasladó á otra parte (1).» Se le presume en un paraíso ó lugar de delicias, alimentándose de frutas del árbol de la vida. Se cree generalmente, que al fin del mundo cristiano vendrá, como representante del mundo primitivo, con Elías, representante del mundo judaico, para dar testimonio de Cristo contra su enemigo capital.

Habrá sorprendido tal vez la diferencia entre el texto hebreo y la version de los Setenta con respecto á los años de los patriarcas; los antiguos Padres de la Iglesia, que fueron los primeros en hacerlo notar, participaban igualmente de esta sorpresa. Lo que hay de singular, es que esta diferencia no recae más que sobre los años antes de la generacion, y no sobre la vida total. Los cien años del texto griego que se colocan en el hebreo de más ó de ménos en la vida del padre, antes del nacimiento del hijo, ellos le colocan de ménos ó de más despues del nacimiento; de suerte que el total resulta el mismo.

En el siglo XVII de nuestra Era se encontró un tercer texto, que ha permanecido ignorado desde el siglo VI; este es el texto samaritano ó el Pentateuco hebreo, que recibió de los judíos cismáticos, llevados en cautividad, la colonia asiria enviada para ocupar su territorio en el país de Samaria. Segun la comparacion que se ha hecho, se ha encontrado que, para los patriarcas anteriores al diluvio, el texto hebreo participa del samaritano y del griego; pero con relacion á los patriarcas despues del diluvio, el griego y el samaritano están generalmente de acuerdo entre sí. De donde algunos sábios han concluido, no sin fundamento, que lo más sencillo es seguir el texto hebreo para la primera época, el samaritano y el griego para la segunda, puesto que así siempre se tendria á dos contra uno; lo que daria cerca de mil seiscientos cincuenta y seis años desde la Creacion hasta el diluvio, y once ó doce siglos desde el diluvio hasta la vocacion de

Abraham, tres mil doscientos ó trescientos años hasta Jesucristo.

¿Cómo ha podido introducirse tal diversidad? Fácilmente se concibe. Antes del descubrimiento de la imprenta, era necesario copiar los libros á la mano; hoy se cometen faltas de impresion, entonces se incurriria en faltas de copia, sobre todo en lo que se refiere á las fechas, que antiguamente no se escribian con expresiones articuladas, sino por medio de letras numerales. Como en todas estas lenguas hay muchas letras que se parecen, podia fácilmente tomarse una por otra. Otro inconveniente hábia aún para las escrituras de los judíos: desde la cautividad de las diez tribus, cerca de seis siglos antes de Jesucristo, estaban esparcidas por toda la tierra, se copiaban en el original mismo, con dos series de caracteres diferentes, los antiguos caracteres hebraicos, que se cree sean los samaritanos, y los caracteres caldeos ó hebreos actuales. Hácia la mitad de esta época, la version griega vino á aumentar aún más la serie de las variantes. Una falta de copia deslizada en un ejemplar, podia fácilmente propagarse á los demás. En lugar de rectificarla en vista de los originales más perfectos, una falsa crítica hacia tomar por base un sistema de correccion aparte. De aquí pudieron proceder con el tiempo, sin intencion alguna, estos diferentes reflejos de textos diversos. Los Padres de la Iglesia, que los compararon entre sí, no quisieron tocarles, tanta era su escrupulosidad y su buen deseo de transmitirnos fielmente lo que habian recibido. Estas variantes cronológicas prueban, por lo demás, que la buena fe presidia á la copia de los textos; la impostura ha sido más hábil. El acuerdo de todos los textos y de todas las versiones en las cosas importantes, nos sirven de una gran garantía con respecto á su certeza.

Despues de todo, esta diversidad no recae sobre la continuacion ni sobre el orden de las generaciones y de los sucesos, sino solamente sobre la duracion de algunos. La Iglesia nos deja perfectamente libres sobre esta cuestion de fechas; no rechaza ni uno ni otro cómputo; deja á los sábios discutir sobre qué texto merece la preferencia, ó qué medio hay de conciliar-

(1) Heb., 11.